

Considera á Jesucristo hecho víctima por tus pecados: y, por poco susceptible de sentimiento que tengas el corazón, y atrévete todavía á ser ingrato y á permanecer infiel!

Mas quizás el mismo tamaño de tus culpas es lo que en este instante detiene la efusión de tu reconocimiento, y lo que, por el desaliento y abatimiento en que te pone, impide tu conversión. ¡Ah! Tus crímenes, por mas grandes que fuesen aun, no igualarán jamás á la misericordia de tu Dios y á los méritos de su Hijo. Que el impío forme del Dios de los cristianos un fantasma odioso, para dispensarse de adorarlo; que lo pinte á los demas y á sí mismo vengativo, celoso, cruel, enexorable, cuando no es mas que justo, y cuando su celo, su cólera y sus venganzas no son en él, sino el amor del orden y la soberana equidad; que solamente lo vea como un Dios terrible, y que olvide su misericordia y su bondad; tu no debes sorprenderte de esto: así es como la pasión pinta todo con sus propios colores. Empero, formado ahora en la escuela de la verdad, consulta la religión, abre nuestros libros sagrados; y encontrarás en ellos por todas partes al verdadero Dios enemigo del pecado, y castigando á su pesar al pecador; amenazándolo como padre, para no herirlo como juez; no queriendo la muerte del impío, sino que se convierta y viva. Tu le oirás decirnos, que su clemencia es tan grande como él; que en el ejercicio que hace de ella, es todavía muy superior á sus obras, y que nos ofrece tambien algunas veces prodigios de misericordia [8]; que no debe jamás permitir á los mas grandes pecadores que sierren su corazón á la esperanza, ni que por dilaciones afectadas, le dejen continuamente abierto á una loca y ciega presunción: le oirás llamar á su pueblo con las palabras mas tiernas, por los motivos mas penetrantes, y hacerle conocer que abandonando á su criador; á su bienhechor, al principio de todo bien, se ha despreciado, ha cambiado una fuente de aguas vivas, de regocijos puros

inalterables, por falsos placeres y por infames deleites: aun mas todavía, oirás á tu divino maestro, que ha venido, no para perder á los pecadores, sino para que tengan vida; no para juzgar al mundo, sino para salvarlo: lo verás, bajo la forma del buen pastor, correr tras de la oveja descarriada, y al travez de las rocas y malezas traerla al seno del rebaño: lo verás en las parábolas mas consoladoras y con las mas vivas imágenes, pintarte con rayos de fuego la vergüenza de tus extravíos y la facilidad de tu conversión: se te presentará bajo la forma de un hijo pródigo, y te manifestará los sentimientos de un padre, que, luego que de muy lejos percibe á su hijo, corre á su encuentro, se echa á su cuello, le estrecha entre sus brazos, le cubre de besos y le colma de sus favores.

¡Amable pintura! ¡Cuadro fiel en que están expresadas con tanta gracia y energía las dulzuras y los primores de la conversión! Si, hijo mio, cree á mi propia experiencia, nada hay tan delicioso como el momento de convertirse. La penitencia es dura y penosa solo para un corazón levemente movido, y que lo está solo á medias; pero cuando el corazón está bien penetrado, cuando se abre todo entero al arrepentimiento y al amor, ¡oh! ¡qué dulces son las lágrimas que este arrepentimiento hace verter! Y la unción que los acompaña, el toque secreto de la gracia que eleva y arrebató el alma, ¡qué poco la dejan sentir los falsos bienes que sacrifica (a)! Haz tú mismo la prueba, hijo mio; y mil veces bendecirás el momento feliz en que te volvieses á tu Dios; y en medio del desprendimiento que inspira, reconocerás que es uno muy mas feliz

[a] „Ordinariamente se piensa que la vida espiritual solo tiene dulzuras hasta el fin, y que aun es menester comprarlas con grandes penas: esto no es verdad cuando el amor se mezcla en ello. Dá, es cierto, al alma que lo necesita, remedios amargos; pero la fortifica secretamente en su sufrimiento, y la corona en sus trabajos.” (El Abate Choisy.)

en su servicio, aun con las privaciones que el deber exige, que lo que son los mundanos por sus conexiones frívolas, por sus goces y por sus placeres [a] [9].

NOTAS.

PÁG. 152.

[1] *Qué vacío dejan en el alma cuando se les posee? Qué pesares, &c.* No veo nada que deba contribuir á moderar el apego demasiado vivo que tenemos á los bienes sensibles, sino estos dos caracteres que son peculiares de ellos: su impotencia para hacernos felices, y su inestabilidad. En cualquiera grado que los poseamos, no nos satisfacen; aun cuando fueran capaces de satisfacernos, sería menester perderlos: estas dos reflexiones bien meditadas, bastarían en mi concepto para reprimir todos los impetus de nuestras pasiones.

No se puede pintar mejor la vanidad de los bienes mundanos, que como lo hizo madama de Maitenon, cuando en la situación mas brillante y que parecia no dejar nada que desear, escribia á madama de Maisonfort: „Que no pueda yo

[a] „Los mártires de la sociedad serian muy admirados, si tuviesen la buena fe de darse cuenta de sus pretendidos placeres. Yo conocí un hombre, á quien una prueba tal convirtió derrepente á la razon: una noche le ocurrió, entrando en su casa, someterse á una especie de examen sobre las variadas inacciones de todo el día; pintose de ella un cuadro fiel: el amor propio como la opinion se rebelaron igualmente en él: halló que habia dicho y oído trivialidades, voces faltas de ideas, mentiras groseras; que su corazón no se habia interesado para nada en ellas; que su espíritu habia quedado desaplicado y menesteroso, mientras que habia tenido la flaqueza ó mas bien la insigne falsía de hacer creer que la sociedad le gustaba. Se avergonzó de sí mismo. Desde este momento renunció principalmente á lo que tan falsamente llaman buena compañía. No confundamos la vida real con la vida facticia, habrá muy pocos goces de que seamos celosos” (D'Arnaud, nota sobre D'Almanzi).

daros mi experiencia! ¿Qué no pueda yo patentaros el fastidio que devora á los grandes, y la pena que tienen para ocupar sus dias! ¿No veis que yo muero de tristeza en una fortuna que apenas pudiera imaginarse? Yo he sido jóven y festiva; he gustado de placeres; he sido amada en todas partes. En una edad mas avansada, he pasado años enteros en el comercio del espíritu, he llegado al favor, y os protesto, mi querida hija, que todos los estados dejan un vacío espantoso.” Si alguna cosa, añade Voltaire citando estas palabras, pudiera desengañar á la ambicion, sería ciertamente esta carta. (Siglo de Luis XIV).

Mad. de Maitenon, que por tanto no tenia otro pesar que la uniformidad de su vida cerca de un gran rey, decia una vez al Conde de Auvigné su hermano: „no puedo estar apegada á él, quisiera estar muerta.” Se sabe que respuesta le dió: *¿uego tenéis palabra de desposaros con Dios Padre?* (Allí mismo).

El ambicioso, dice Young, desdena sus buenos resultados, y su gloria le causa compasion. *¿Esto es todo?* exclama Cesar sentado en el trono del universo. Se ha visto á los mas grandes monarcas abdicar el imperio, para terminar en la vida privada un reposo, que sin una piedad sólida, ella no puede tampoco darnos.

La gracia se sirve muchas veces de esta insuficiencia de las criaturas, para convertirnos; así es como conmovió el corazón de un hombre muy conocido en la diócesis de Ch... por su celo y por sus virtudes. Era oficial del regimiento de... y daba un baile á ciertas damas de la ciudad en que estaba de guarnicion. En medio de la noche, y entre los ardientes placeres á que se abandonaban en derredor suyo, él sintió un cansancio, un disgusto que no podia vencer. Su melancolía llegó á ser tan fuerte, que suplicó á uno de sus amigos hiciera en su lugar los honores del baile, y se fué á pasear á la orilla del mar, cuya ribera circundaba los muros de la ciudad. El espectáculo de un cielo estrellado, el de una mar tranquila, cuyas olas venian á deshacerse á sus pies, el silencio y la calma de toda la naturaleza solicitaron vivamente su corazón, y dieron libre curso á sus reflexiones. „¿Qué hago? decia, y ¿donde busco una felicidad que me huye? porque me detengo en objetos criados, cuando el que ha formado este mundo tan magnífico se me ofrece todo entero para cumplir mis deseos? ¡O Dios mio! exclama como S. Agustin, ¡muy en vano nuestro corazón se vuelve y se revuelve por todas partes, pues que donde quiera experimenta inquietud y tormento, hasta que descansa en vos! Esto es hecho, ¡vos sois á quien me quiero consagrar para siempre!” Luego que volvió á su casa, puso en orden sus negocios, y consagrándose al servicio de los altares, llegó á ser lo que es hoy, un hom-

bre poderoso en obras y en palabras, que movido hasta con las armas de las verdades que anuncia, obra las mas grandes conversiones por su discurso y por sus ejemplos.

PÁG. 152.

[2] Algunos escritores estimables, y entre otros el traductor de las *Noches de Young*, y d'Arnaud en muchas de sus obras, han aco-tumbrado muy felizmente en nuestros dias, à los espíritus mas difíciles en este género, la pintura de las grandes y terribles verdades de la religion, para que debiésemos temer aqui, por una delicadeza mal entendida, concèrvar las imágenes que el Marquez de Valmout ha trazado de ellas à su hijo. Por otra parte, la religion en boca de un hombre de mundo hace muchas veces mas efecto, que en la de aquellos que por su estado son llamados à anunciarla. Recuérdese por lo demas que en todo el curso de esta carta, no son cuadros de fantasia los que el Marquez ofrece à su hijo, desde que ha probado, con la certeza de la religion cristiana, que cuanto ella nos enseña es verdad. Recuérdese tambien, que aquel à quien escribe, y cuya salvacion le es infinitamente querida, es un jóven cuyo espíritu está convencido, pero cuya razon resiste un cambio cuyos motivos y necesidad le son bien poco conocidos. Finalmente dignense recordar, que este mismo hombre que está forzado à desapegar à su hijo de los falsos bienes que le encantan en el momento mismo en que los pierde, es un hombre de mundo, es verdad, pero consagrado del todo en su retiro à la meditacion de los objetos mas propios para interesar vivamente à una alma como la suya.

PÁG. 153.

[3] *Ve aniquilada toda su grandeza y su magestad hecha polvo.* Este espectáculo convirtió à Francisco de Borja, Duque de Candia y lo formó un santo. Llamado por Carlos V. para conducir de Toledo à Granada, y hacer enterrar allí el cuerpo de la Emperatriz Isabel, „cuando le fue menester, dice el autor de su vida, entregarlo al clero de Granada y abrir el féretro de plomo, para acreditar que era el cuerpo de esta princesa, fué un espectáculo espantoso para todos los que estaban presentes, no hallar en él nada que lo pudiese dar à conocer, y hallar en él, solo un conjunto asqueroso de podredumbre y de corrupcion. Las personas que debian servir de testigos de una semejanza de que ya no quedaba ningun vestigio, rehusaron darlo, y se retiraron muy léjos para disiparse el horror que les causaba la vista y hediondez del cuerpo de aquella señora de tantos grandes estados, que pocos dias antes pasaba por la

mas bella, mas poderosa y mas feliz princesa del mundo. Francisco de Borja comparó el estado en que veía à esta princesa, con aquel en que la habia visto poco tiempo antes; el cuidado que se tenia en huir de ella, con el empeño que se habia tenido de acercársele y de cortejarla; aquellos restos horribles de ella misma, que no se atrevia à mirar, con la pompa y la magnificencia de que estaba rodeada; y comprendiendo mejor que nunca la vanidad de las grandezas humanas y de los cuidados que se tienen para conseguiras, aprendió à no apegarse ya à los objetos que se pueden perder con la muerte.

PÁG. 156.

[4] *Dia de manifestacion y de gloria.* Nada mas digno de Dios y de la religion, nada mas grande, que la idea del juicio final, tal como la fe nos la dà. Dios, manifestándose al universo en todo el brillo de su grandeza; mostrándonos toda la dependencia y toda la nada de los objetos criados; descubriéndonos todos los sistemas de la creacion, los caminos inefables de su providencia, los tesoros de su bondad, los decretos de su justicia, la cadena inmensa de todos los seres, el órden y fin de todos los acontecimientos; colocando cada hombre frente à frente del mundo entero; iluminando à los espíritus con los rayos mas puros de su luz; disipando todas las ilusiones; confundiendo todos los pretestos; poniendo à cubierto todos los corazones; dando à cada uno de nosotros la gloria ó el oprobio que háyamos merecido; pronunciando un juicio definitivo, una sentencia sin recurso; distinguiendo del modo mas solemne, al justo del injusto, al vicio de la virtud; ¿Qué sublimes ideas para quien sabe meditarlas! No me admiro de que un rey bulgaro se haya hecho cristiano, por haber visto y haberse hecho explicar un cuadro del juicio final. (*Vease à Lebeau, Historia del bajo imperio, tom. XV, pág. 42.*) Se refiere que un filósofo llamado Constantino, enviado por un emperador de Constantinopla à Wladimiro, duque de Rusia, le hizo ver un cuadro que representaba el juicio universal, que le aterró mucho. *¿A qué lado quisierais estar puesto en aquel momento terrible?* le preguntó Constantino. *A la derecha del Hijo de Dios,* respondió Wladimiro. *¿Pues bien!* exclamó el filósofo, *haceos cristiano;* y el príncipe se convirtió. (*Anécdotas de bellas artes.*)

PÁG. 159.

[5] *Hay un infierno; y los hombres, tan ardientes en seguir objetos que los halagan &c.* „La justa determinacion

de las penas depende de la relacion que tienen con el fin del gobierno, que es hacer observar las leyes. Para conseguir este fin, no es necesario que haya una proporcion exacta entre el crimen y la pena: basta que la pena sea tal que sea necesaria para el bien público; es decir, que sea capaz, infundiendo un justo terror, de procurar en lo posible la observancia de las leyes, é impedir que los hombres, seducidos por sus pasiones, sean llevados á infringirlas: así, todo castigo proporcionado á este fin no es injusto. Por este fin pues es necesario medir la eternidad de las penas. Pero yo pregunto á esa muchedumbre de hombres crueles, bribones, desnaturalizados, adúlteros, incestuosos, sacrilegos y parricidas, que diariamente inundan la tierra de crímenes; yo les pregunto, ¿que impresion haria en sus espíritus la conminacion con un castigo limitado y pasajero, supuesto que, en los momentos terribles de pasiones y furor, muchas veces el temor de penas eternas, no puede contener su feroz arrebató; puesto que, suspendidos sobre abismos eternos con un hilo que puede trozarse á cada instante, se ve á estos hombres con una espantosa seguridad, aguzar tranquilamente el puñal que debe degollar á la inocencia? ¿Qué sería pues del género humano, si faltara este freno á su perversidad? Una fatal experiencia nos prueba que la eternidad en las penas, por terrible que sea, no es mui fuerte para separarnos del crimen. Este castigo, es pues proporcionado al fin que se propone el Legislador Supremo de evitar cuanto se pueda, la infraccion de sus leyes. Si es proporcionada á este fin, ya no es injusto. La experiencia, probando su necesidad, prueba su justicia.

Nada es mas aterrador para la imaginacion que la idea de las penas eternas. Nuestros ojos espantados se pasean con terror por la vasta inmensidad de aquel mar ardiente. Nosotros descubrimos allí solamente objetos eternamente lúgubres, objetos de desolacion y de horror: una rueda inmensa de dolores, en derredor de la que los hombres culpables girarán sin cesar, sin hallar jamas el punto en que acaba; tal es horrible cuadro de la eternidad de las penas. Mas ¿qué! ¿por qué esta imagen sea horrorosa, será menester procurar debilitarla? ¿El que una verdad sea terrible, es una razon para combatirla?... Pues que la eternidad, si existe, ha de subsistir apesar de los esfuerzos impotentes de vuestra razon, la voz de la sabiduría, vuestro propio interes os exigen que tomeis el partido mas seguro. Aun en una incertidumbre igual, siempre deberiais obrar como si las penas fueran eternas. Es una ley que la prudencia os impone; ningun riesgo correis en creerla; pero si la eternidad existe y no la creéis, os precipitais vosotros mismos en males eternos. Así, para resolveros á no creer, no bastan sencillamente dudas frívolas, son menester las razo-

nes mas decisivas y mas triunfantes. Pero, yo sostengo por el contrario, que tenéis las razones mas fuertes para dudar de la verdad de vuestra opinion. Estas razones son, primero la autoridad de la revelacion, que es necesario combatir y trastornar antes de establecer vuestro sistema, pues la eternidad de las penas es un dogma revelado. Segundo. Si recibis la revelacion, la autoridad de los libros sagrados, en que se hallan muchos pasajes cuyo sentido no puede ser equívoco, y que de acuerdo establecen con la mayor evidencia la eternidad de las penas, así como la eternidad de las recompensas. Tercero. La autoridad de diez y siete siglos, en los que la Iglesia entera, y cuantos grandes hombres ha habido en ella, siempre creyeron la eternidad, y así entendían los pasages de los libros santos sobre este asunto. Cuarto. La flaqueza del espíritu humano que, reducido á límites tan estrechos, no puede ser un juez competente para determinar hasta donde debe extenderse la bondad del Ser Supremo, y hasta que punto debe detenerse la justicia. Quinto. La imposibilidad de conocer por la razon cual es la pena proporcionada á una ofensa cometida contra un Ser infinito; porque no se puede conocer la extension de la ofensa, sin conocer la grandeza del Ser ofendido; pero solo Dios se conoce á sí mismo; luego solo Dios puede decidir esta proporcion.

Estas reflexiones son sacadas de una obrita cuyo principal objeto es la refutacion del deísmo, y se titula: *Reflexiones filosóficas y literarias sobre el poema de la religion natural*. Esta obra está llena de religion y de verdadera filosofia.

PÁG. 161.

[6] *Y la paciencia del Altísimo no está ya cansada!* En el concierto de su misericordia y su justicia, no podemos decir cual de estos dos atributos es el que Dios va á ejercer con nosotros, si continuamos resistiéndole. Es el dueño de sus gracias, y nosotros no sabemos medirlas respecto á cada uno de nosotros. Algunas veces se digna todavía esperarnos; otras muchas nos hiere cuando estamos menos preparados para ello; y nada es mas absurdo que aventurar la salvacion por un tal vez, y poner la eternidad á merced de un mañana. Testigo un jóven cuya familia era conocida de quien me ha referido este hecho. Mucho tiempo hacia que una madre tierna é ilustrada le instaba para que cambiase de conducta, y siguiese con mas regularidad los principios de la religion en que no habia cesado de creer. Estoy dispuesto, dijo á su madre, á seguir vuestros consejos; comienzo á cansarme de la vida que llevo. No os pido por todo plazo mas que estos tres dias en que acaba el carnaval, y os prometo que al siguiente me halléreis mui diferente. El

insensato, según el uso de tantos cristianos ciegos, se preparó con el goce de todos los placeres, á la penitencia que debia hacer el primer día de cuaresma. Los tres días pasaron. El martes volvió á su casa mas tarde que de ordinario. El miércoles de ceniza, á la madrugada se oyó un ruido en su recámara. Un criado entró: le halló tendido en el suelo, y sofocado por un ataque de sangre, antes que hubiera tenido tiempo de socorrerlo.

PÁG. 161.

[7] *Una felicidad en fin, que el apostol no ha podido transmitir sino diciendo &c.* Sin hacer comparacion, pues efectivamente, siendo la felicidad celestial tan superior á los placeres de la tierra, como lo infinito es superior á todo lo finito, no hay hombre un poco sensible á los placeres del espíritu y del corazón, que no haya tenido en su vida algunos momentos deliciosos, que no haya experimentado el dulce efecto de un sentimiento vivo, de un transporte encendido que le hacia salir de sí mismo, que le embriagaba de contento y de alegría; y si esta ha sido un arrebató de amor divino, sabe cual sea su dulzura inefable. Que este hombre se considere como fijado por el poder del mismo Dios, en aquel transporte tan arrebatador y tan dulce, en la contemplacion de esta verdad tan amable á sus ojos, en aquel sentimiento tan agradable y tan vivo, que no ha durado para él mas que un instante; que mire como un estado permanente esta situacion, mui corta, rápida y facilmente y á su pesar pasada, y tendrá una idea del cielo tal como se puede tener en la tierra.

PÁG. 162.

[8] *Y que nos ofrece tambien algunas veces prodigios de misericordia.* Hay uno que citaré, como referido por la persona mas fidedigna, y que se puede contar sin faltar al secreto mas inviolable y mas sagrado, porque es imposible que sepan á quien aconteció, principalmente despues de mucho tiempo que ha pasado.

En un canton mui distante, una jóven nacida de padres virtuosos, pero que habia correspondido mui mal á la educacion cristiana que le habian dado, alimentaba en su corazón las mas vivas pasiones y los deseos mas desarreglados. Retenida mal de su grado por la autoridad de quienes dependia, formó el detestable proyecto de deshacerse de ella, y lo ejecutó de manera que quedase á cubierto de las mas leves sospechas. Libre de toda sujecion, viuo á fijar su mansion en Paris, y allí se abandonó enteramente al fuego de sus inclinaciones.

Al cabo de cierto tiempo, hallándose cerca de una Iglesia, quiso pasar por ella para llegar por mas corto camino al lugar á que se proponia ir. Celebrábase con mucha solemnidad en aquella Iglesia una fiesta particular. Apenas hubo entrado en ella, cuando se encontró rodeada de mucha gente, y detenida por la multitud de los que venian tras de ella. El predicador acababa de subir al púlpito, y predicaba sobre la misericordia de Dios. La atencion que le prestaban, la naturaleza del asunto, la dificultad de retirarse, todo contribuyó á fijarla. Escuchó, y se sintió tan conmovida, tan penetrada de las verdades que le anunciaron, que al fin del sermón, léjos de estar tentada de salir, se aprovechó del momento en que se dispersan por todas partes, para ganar el pie del púlpito. Bajó el predicador despues de una corta oracion, y ella le dijo: „Padre mio, ¿podriais hacerme la gracia de escucharme?—Id, hija mia, le respondió, á tal capilla que le designó, allí hallaréis un confesonario, y no dilataré en estar allá.” Vino á sentarse allí luego que cambió de ropa, y escuchó atentamente á esta persona.

„Padre mio, dijo ella ante todo, ¿no habeis exagerado, al hablar como lo habeis hecho, las misericordias del Señor? ¿Hay crímenes tan horrosos! el parricidio, por ejemplo? No, hija mia, no; no hay uno que Dios no perdone al verdaderamente arrepentido. Bajo esta condicion, su misericordia no tiene límites, y los méritos de Jesucristo son infinitos.—Pues bien, recibid la confesion de todos mis crímenes.

Hizo desde los primeros extravios de su juventud, una confesion tan extensa como pudo hacerla, en medio de los sollozos que cortaban su voz, y con el socorro de aquel digno ministro. Cuando acabó su confesion, le dijo: „Amada hija mia, nada podia yo añadir á lo que os dicen en este momento la gracia y vuestro propio corazón. Haréis por penitencia un acto de amor de Dios, y voy á daros la absolucion.—A mí, padre mio, á una culpable como yo! ¡y qué penitencia!—Nada hay, hija mia, que no borre una contricion como la vuestra.”

Mientras que la absolvió, exclamó ella: „¡mi Dios! ¡misericordia de mi Dios! ¡Amor de mi Dios...!” y espiró.

PÁG. 164.

[9] *Mas feliz que los mundanos... con sus gozes y placeres.* Muchos rasgos de madama de la Vallière prueban bien estas grandes verdades. Un día comunicó á madama de Scarron el designio que tenia de entrar de Carmelita. „Este es un designio, dijo, que medito hace mucho tiempo, y para prepararme á las austeridades del estado que trato de abrazar, llevo un silicio: no se puede expiar demasiado el crimen de haber amado mucho.—¿Y como sostendréis, le dijo madama Scarron, la vida de una Carmelita, estando,

hecha desde la niñez á la molicié y á los placeres?—
¡Ah, madama, le respondió madama de la Valliere mostrando al rey y á madama de Montespan, si hallare yo penas allí, no haré mas que traer á la memoria las que estas dos personas me han hecho sufrir.”

Algun tiempo despues que cumplió su resolucion, madama de Montespan, yendo á las Carmelitas con la reina y con madama de Maitenon, propuso una lotería é hizo traer todo lo que podia convenir á las religiosas. Estas santas hijas tuvieron escrupulo de ello; les pareció que los agnus, los crucifijos, las tocas, los rosarios tenían algo de la mano impura que se los ofrecia: para asegurarse, suplicaron á madama de Montespan que pagase las suertes; y suplicaron á madama de Maitenon que las distribuyera. Sor. Luisa de la Misericordia, se sacó una Magdalena. Madama de Montespan fijó los ojos en la imágen, y quedó conmovida. Aquellos cabellos esparcidos, aquellas manos juntas, aquellos ojos mojados en lágrimas, aquella frente llena de confusión, de amor, de temor, de esperanza; la presencia de madama de la Valliere, que tenia todo esto, la vergüenza de ser lo que la Valliere habia sido, un primer deseo de imitarla en su penitencia como la habia imitado en sus extravios, echaron á madama de Montespan en una turbacion mal disimulada con una jocosidad forzada, y aumentada por las preguntas que hizo á madama de la Valliere. „Deveras, le dijo, ¿estais tan satisfecha como se dice?—No, respondió la Carmelita, no estoy satisfecha, pero estoy contenta. ¿Y vos madama?—En quanto á mi, no estoy ni lo uno ni lo otro.”

Esta es aquella misma madama de la Valliere, que cuando le avisaron la muerte del duque de Vermandois que habia tenido de Luis XIV, respondió: „debo llorar su nacimiento mas todavía que su muerte.”

Se teme llevar sobre sí el yugo del Señor, aquel yugo que nos hace dulce con su gracia; y no se piensa en lo que cuesta llevar el del mundo y de las pasiones. Aun en los puestos mas eminentes, en las mas envidiadas posiciones, ¿qué sujecion, que disgustos y que violencia que quizás no se sospecharía! Se puede juzgar de esto por el modo con que una muger célebre, la princesa de Breiús pintaba á la mariscal de Noailles las penas de su empleo cerca de Felipe V. y de la reina de España, de quien era camarera mayor ó dama de honor: por satírica que sea su carta, todo ministra en ella materia para las mas serias reflexiones.

„En qué empleo, buen Dios, me habeis puesto! No tengo el mas leve reposo, ni tengo tiempo de hablar á mi secretario. Ya no se trata de descansar despues de la comida, ni de comer cuando tengo hambre. Soy muy dichosa cuando puedo mal comer de prisa, y aun es muy raro que no me llamen al momento de ponerme á la mesa. En verdad, madama de Maitenon se reiria, si supiese todos los portomeno-

res de mi empleo. Decidle, os ruego, que á mi me toca el honor de llevar la ropa de la cámara del rey de España cuando se mete á la cama, y de dársela con sus chinelas cuando se levanta. Hasta aquí yo tuviera paciencia; pero que todas las tardes, cuando el rey entra á casa de la reina para acostarse, el conde de Benaventé me encarga de la espada de S. M. de un vacin y de una lámpara que ordinariamente derrama sobre mis vestidos; esto es muy grotesco. El rey nunca se levantaría si yo no fuese á recorrer la cortina; y sería un sacrilegio, si otra que yo entrara en la recámara de la reina cuando ellos estan en la cama. Ultimamente la lámpara se habia apagado, porque derramé la mitad. No sabia donde estaban las ventanas, porque habia llegado la noche á este lugar: pensé aplastarme la nariz contra la pared; el rey de España y yo, al cabo de un cuarto de hora nos testearíamos buscándolas. S. M. se acomoda tan bien conmigo, que á veces tiene la bondad de llamarme dos horas antes que yo quiera levantarme. La reina tiene sus chanzas; pero sin embargo, no he ganado todavía la confianza que hacia de las camareras piemonteses. Estoy admirada de esto: porque la sirvo mejor que ellas, y estoy segura de que no le lavarán los pies ni la descalzarán tan pronto como yo.”

„Esta es una muger muy alta, añade Millot transcribiendo esta carta, que se sujetó hasta este punto, que se complace en un servicio tan propio para disgustarla: ella tiene su fin, lo conseguirá. Desea verdaderamente alivio; pero aguar dándolo, hace todos sus esfuerzos para sacar ventaja de sus fatigas.” ¿qué ventaja! y en el fondo ¿qué proporcion entre la pena y la recompensa!

Esta princesa, en la pobreza de que se quejaba tan á menudo, mantenía ordinariamente en Roma cuatro gentilhombres, muchos pages, doce lacayos, &c.; y se habia propuesto aumentar mucho su número en España. „Soy pobretona, es verdad, escribia á la mariscal, pero soy todavía mas soberbia, y nada lo prueba tanto como la opinion que se tiene de mis grandes riquezas. En esta ocasion haré punto de honor no pedir nada, y sin embargo haré un gasto proporcionado al decoro del empleo con que el rey me honra.” (*Memorias políticas y militares, &c., por el Abate Millot.*)

CARTA QUINCAGESIMA SETIMA.

EMILIA AL MARQUEZ.

Un dia nuevo luce al fin para mí: el cielo no